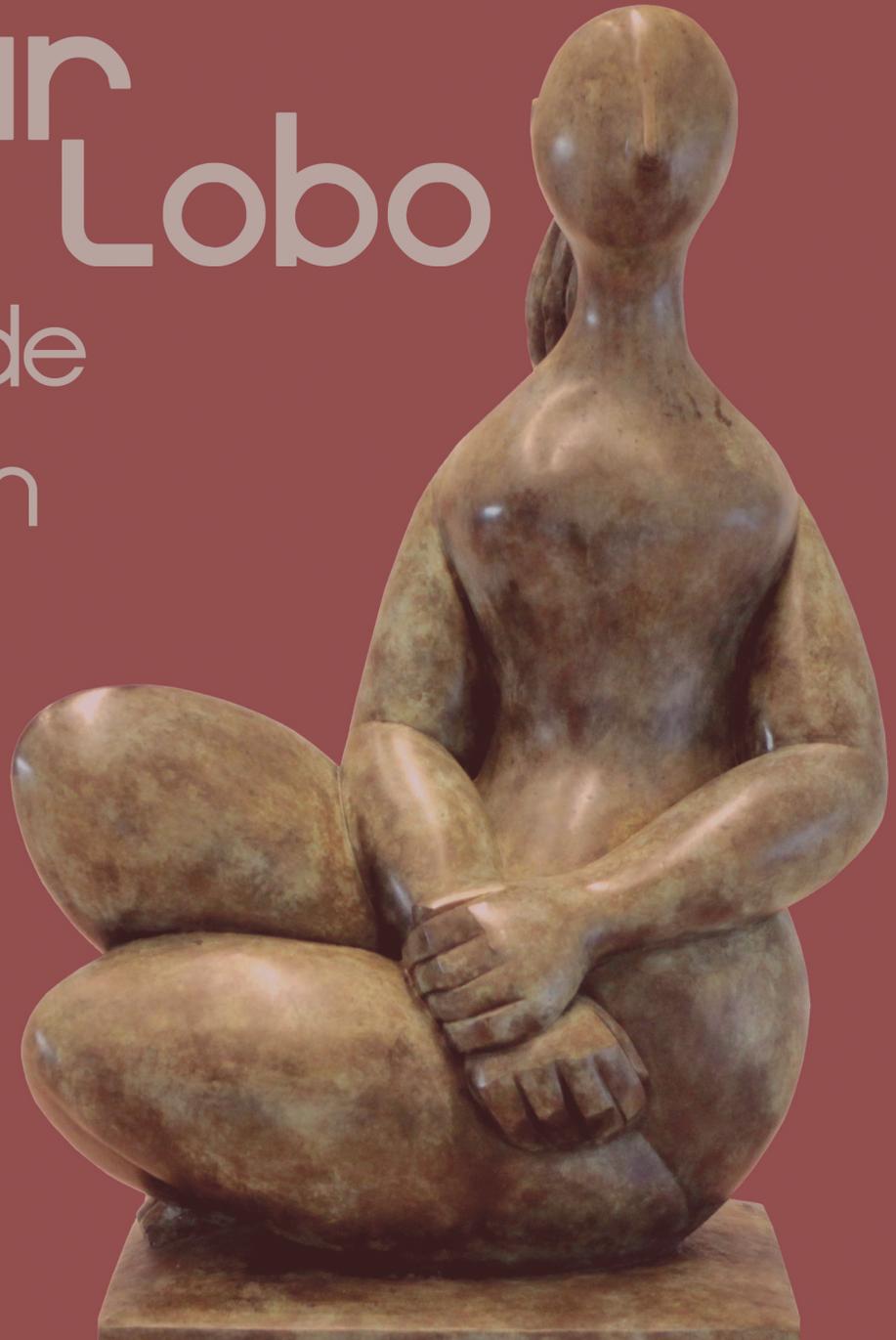


Baltasar Lobo

en las Cortes de
Castilla y León



BALTASAR LOBO

“En las Cortes de Castilla y León”



© De la edición: Cortes de Castilla y León.
Plaza de las Cortes de Castilla y León, 1.
Valladolid.

© Del texto: los autores.

© De las fotografías: Fundación Baltasar Lobo.
Félix Navarro.- (pag. 6)
Cortes de Castilla y León. (portada y pág. 14)

Esculturas exposición: Museo de Zamora. Junta de Castilla y León.
Depósito del Ayuntamiento de Zamora.

Comisario: Francisco Somoza

Diseño: Sercam, S.COOP.
Imprime: Gráficas Lafalpoo
Depósito legal: VA 359-2015

Colabora: Fundación Baltasar Lobo.
Excmo. Ayuntamiento de Zamora.

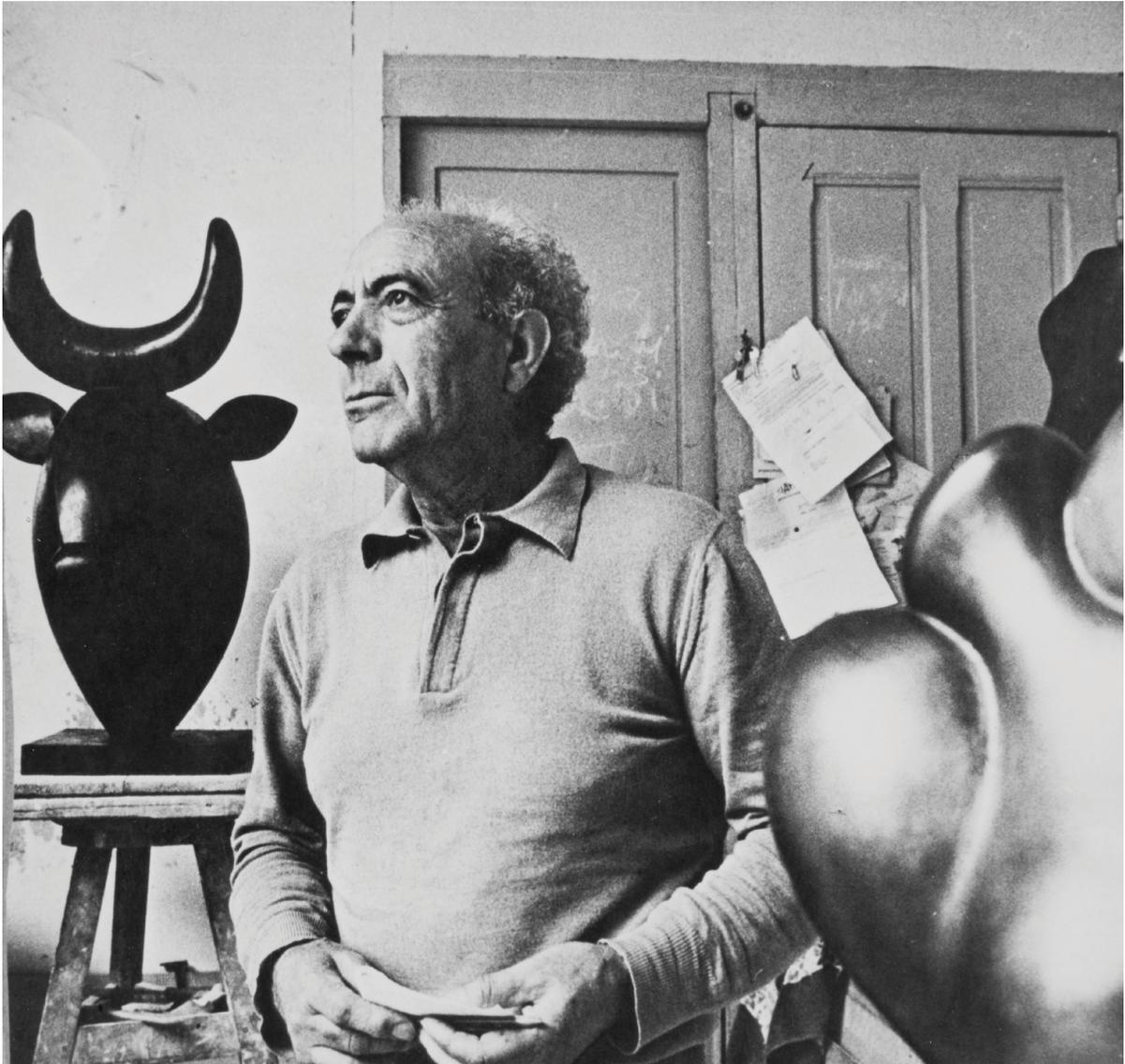


Baltasar Lobo en las Cortes de Castilla y León

Sede de las Cortes de Castilla y León, Valladolid

2015





Baltasar Lobo

BALTASAR LOBO EN EL PARLAMENTO

Al finalizar esta VIII Legislatura de la historia política de Castilla y León en Autonomía, las Cortes siguen persiguiendo retos constantes en favor de un mejor conocimiento de esta tierra y sus Instituciones de autogobierno. Desde que el Parlamento se trasladara a una nueva ubicación, estos objetivos han ido concluyendo en acciones concretas de acercamiento a la sociedad y contribuyendo a una labor didáctica, transparente y abierta a todos.

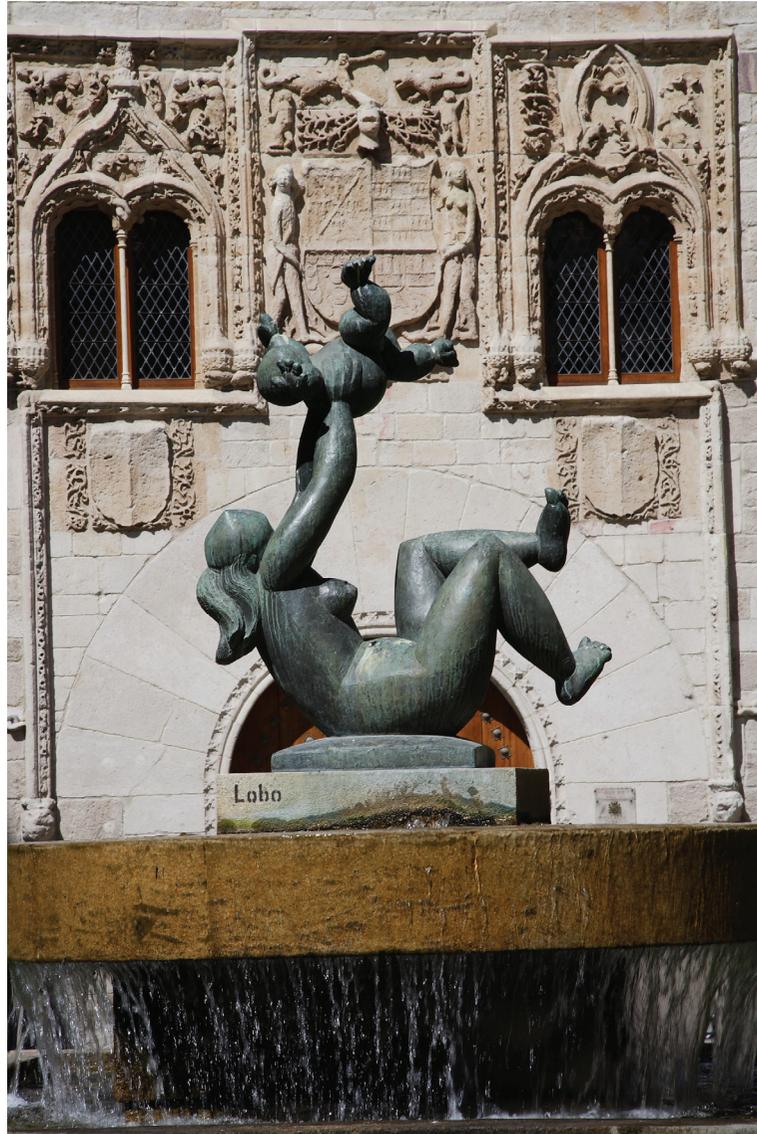
Muchos de los mejores de entre los nuestros, acompañan la historia reciente de la Comunidad en esta casa de todos que es el Parlamento. Vela Zanetti; Mezquita; Esteban Vicente; Cuasante; Cuadrado Lomas o Venancio Blanco y Díaz Caneja son algunos de los destacadísimos nombres que toman vida en los rincones y muros de la Asamblea legislativa de la Comunidad. Baltasar Lobo no podía faltar en ese compendio extraordinario de autores de nuestro tiempo que, como hijos de esta tierra fértil en genialidad, están presentes en las instalaciones de las Cortes. Esta iniciativa del Parlamento en colaboración con la Fundación Baltasar Lobo y el Excmo. Ayuntamiento de Zamora, pone en valor el prestigio internacional, la categoría escultórica y la talla biográfica de uno de los zamoranos más universales y conocidos del siglo XX. La obra y vida del artista de Cerecinos de Campos es un referente que debemos preservar y exhibir para su mejor comprensión y difusión a todos los públicos. Ese es el objetivo en un momento en el que nos aproximamos a cumplir 32 años

desde la aprobación del Estatuto de Autonomía y 30 desde que Baltasar Lobo recibiera el Premio 'Castilla y León' de las Artes en reconocimiento a su obra y vida ligada, a pesar de la distancia de años, a sus orígenes vitales en Castilla y León.

Más de 200.000 personas han visitado el Parlamento en los últimos años haciendo posible que la Institución representativa de la ciudadanía sea uno de los centros receptores de visitas más activos de la Comunidad. En ese esfuerzo común, las Cortes han querido mostrar no solo una dimensión política sino también social, solidaria, cultural y artística de Castilla y León. En esta publicación encontrarán las reflexiones de mujeres y hombres admiradores de la obra de Lobo y conocedores de la misma, expertos y artistas de nuestra tierra que a través de esta sencilla muestra quieren rendir homenaje a este gran hombre para la reciente historia en Comunidad de Castilla y León.

María Josefa García Cirac

Presidenta de las Cortes de Castilla y León



Madre y niño, 1947. Zamora

NUESTRO ESCULTOR UNIVERSAL

Mostrar la obra de Baltasar Lobo en la sede de las Cortes de Castilla y León, espacio que representa a todos los castellanos y leoneses, contribuye de forma inequívoca a reparar el olvido de años y a renovar la memoria de su vida y de su obra.

Baltasar Lobo es uno de los mejores escultores del siglo XX y sin duda, el escultor castellano y leonés de mayor proyección internacional de su tiempo. Durante décadas, su obra recorrió los museos y las más prestigiosas salas de exposiciones de todo el mundo cosechando numerosos premios y reconocimientos; mientras, condenado al silencio del exilio, su trayectoria pasaba incomprensiblemente desapercibida en su tierra. La concesión del Premio Castilla y León de las Artes en una de sus primeras ediciones y, posteriormente, la apertura del Museo de Lobo por parte del Ayuntamiento de Zamora han tratado de hacer justicia que no compensar un daño que nunca podrá resarcirse. Difundir ahora su obra en la sede de las Cortes es un nuevo y justo reconocimiento hacia el autor. Es también una forma de saldar la deuda con aquellos ciudadanos privados del disfrute de una obra extraordinariamente bella durante años.

El arte contemporáneo castellano y leonés tiene en el escultor zamorano motivos para sentirse orgulloso y tomar conciencia de la personalidad y capacidad creativa de los artistas de la Comunidad en el complejo mundo de la escultura. Esta exposición es una buena

manera de hacer singladura por ese arte, una forma de hacer Comunidad, contribuyendo a difundir el patrimonio cultural legado por artistas castellanos y leoneses en los que prima, más allá de su vinculación a su tierra natal, su vínculo con el arte universal.

Con ese doble objetivo de reconciliar y estrechar vínculos, la Fundación Baltasar Lobo, y el propio Ayuntamiento, ceden gustosos esta pequeña muestra representativa de la obra del escultor zamorano, no exenta de simbolismos. Porque contemplar la obra de Lobo es asistir a una historia de lucha y superación personal tan común entre las gentes de nuestra Comunidad. Observar sus esculturas monumentales, sus ninfas, sus maternidades, sus figuras de formas sensuales es percibir un homenaje constante a la mujer como símbolo de fertilidad y de esperanza. Admirar su trabajo es saber de la fortaleza de sus inquietudes y de su sensibilidad artística frente a su difícil trayectoria vital.

Deseamos que disfrutéis de esta pequeña muestra en toda su intensidad descubriendo en ella una parte esencial de la producción escultórica contemporánea de Castilla y León.

Rosa Valdeón

Presidenta de la Fundación Baltasar Lobo



Femme à la Tête de Mort, 1942

BALTASAR LOBO

Baltasar Lobo es uno de nuestros artistas más universales, tanto por la incontestable calidad de sus creaciones como por su enorme trascendencia.

Nacido en Cerecinos de Campos, provincia de Zamora, en el año 1910, su vida y su obra es la más asombrosa expresión de la síntesis entre el talento y el esfuerzo.

Su curiosidad permanente y la obsesiva búsqueda del conocimiento y la perfección le acercaron a las vanguardias europeas, hasta formar parte fundamental de las mismas.

Sus esculturas, de una emocionante sencillez, persiguen la simplificación de las formas para lograr una sorprendente intensidad expresiva.

Lobo se aproxima a la realidad y la representa despojándola de todo lo secundario. Selecciona lo esencial, tendiendo hacia la abstracción al delimitar fragmentos por sí mismos incomprensibles. En su obra se interrumpe el movimiento, pero sus esculturas tienen tanta solidez conceptual y tal perfección técnica que parece que en un instante pueden recobrar la vida. Al contemplarlas, imaginamos que los niños van a volar lejos de los brazos de su madre sin que ellas puedan impedirlo, que las bailarinas volverán a danzar de inmediato hasta la extenuación, y que las mujeres deslizarán su peine entre los cabellos hasta alcanzar la cintura.

Esta exposición pretende reconocer y agradecer la aportación de este artista extraordinario.

Quince esculturas de distintas épocas nos permitirán aproximarnos a su espíritu independiente, a su equilibrada obra y a su depuradísimo lenguaje. Nos ayudarán, en suma, a comprender la importancia de su contribución a la creación artística del siglo XX.

Francisco Somoza
Comisario de la exposición

ALMA DE LOBO

"Castilla y León es una Comunidad rica en territorios y gentes, configurada por castellanos y leoneses; respetuosa con la pluralidad que la integra y defensora de la convivencia que la enriquece desde su mismo nacimiento. Comunidad histórica y cultural reconocida, Castilla y León ha forjado un espacio de encuentro, diálogo y respeto entre las realidades que la conforman y definen [...]"
Preámbulo del Estatuto de Autonomía de Castilla y León

Este lugar de coincidencia de castellanos y leoneses acoge una vez más a uno de sus paisanos ilustres, a uno de sus máximos exponentes del arte, organizando un encuentro donde el diálogo y el respeto se alzan como lema.

De estos ricos territorios y gentes, cabe mencionar la figura del zamorano Baltasar Lobo, un perseverante trabajador, creador del sentimiento a través de las formas y los volúmenes; generoso explorador de la materia, diestro con sus herramientas va conformando las figuras que dotándolas de su genio, impactan en el que las observa.

En su mente alberga la herencia de la tradición que le aportan su maestro Ramón Núñez o Ángel Garzón y a su vez afronta y absorbe la modernidad de los artistas más punteros de las vanguardias tanto en Madrid como en Francia. En su propio foro interno, en este totúm revolútum de ideas, Lobo forja su obra tan especial, tan intimista, tan sentida. *"El alma tiene el poder de unir las ideas que ha recibido separadamente,..."* (Diderot).

Dentro del seno de artistas del París de la época, Baltasar es animado por Picasso a continuar su faceta artística... sólo los grandes saben entenderse entre sí.

Con las influencias que había adquirido de las exposiciones de los ibéricos de la Escuela de París, como Picasso, Dalí, Gargallo, Julio González o Miró, y de las nuevas tendencias que observa en París de la mano sobre todo de Henri Laurens, Lobo emprende su labor escultórica dentro de la vertiente más naturalista, sin abandonar la realidad aunque transformándola, llegando incluso a la abstracción. Se fija en la tradición y busca las formas puras, busca el volumen desde la materia, desde el mismo material, sin fisuras, fragmentaciones o ensamblajes. En la piedra, la madera, el mármol o el barro, encuentra el embrión del arte, que mediante sus gubias, cinceles, o punteros movidos por el compás de sus manos, evoluciona el embrión en forma, lo dota de vida, transmitiendo el estado de su alma y la idea de su raciocinio, cediendo al mundo lo más profundo de sus sentimientos, sus inquietudes, sus filias y fobias, sus pasiones y sus orígenes.

La devastación de las guerras llevó a los artistas a repoblar el mundo que había quedado destruido, de ahí que todos ellos se dedicaran en cuerpo y alma a la humanización de la escultura, abandonando las formas rectas, los artistas se centraron en una escultura más esperanzadora.

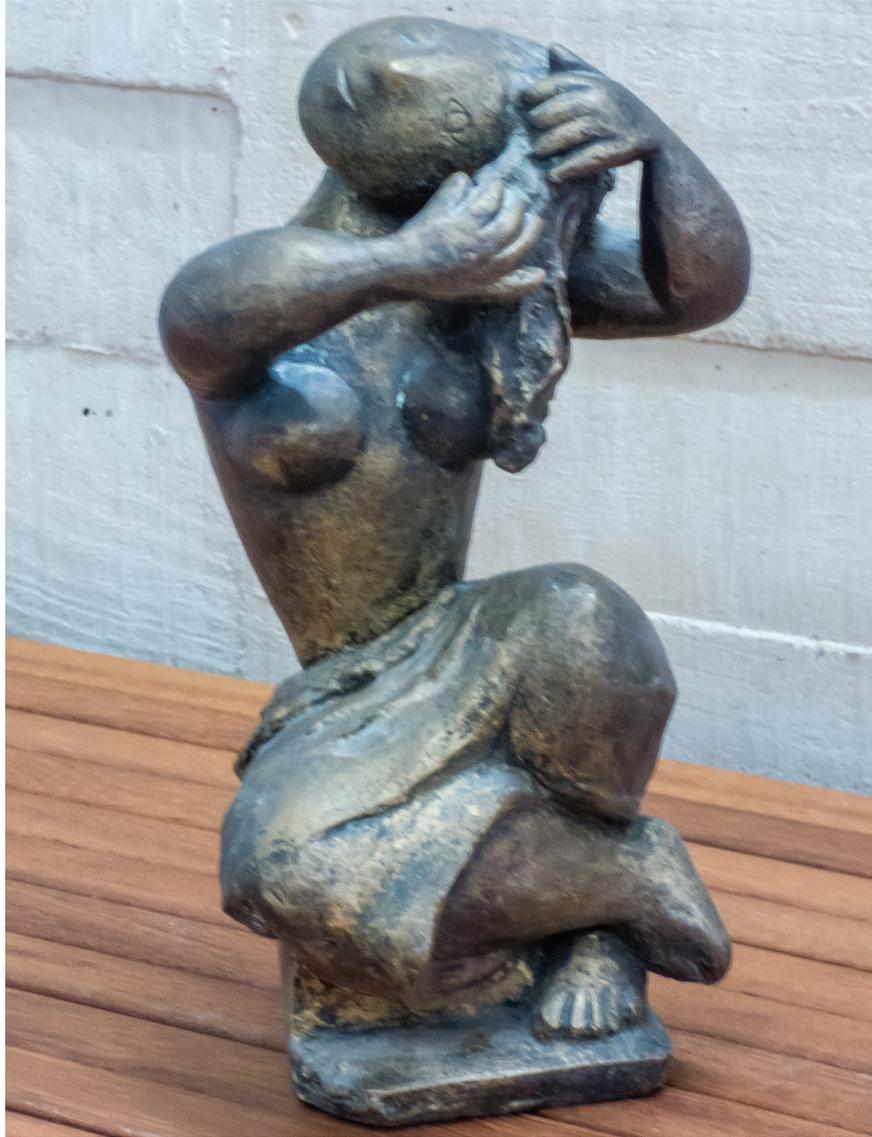
Formó parte de este elenco de virtuosos Baltasar Lobo, elevando la figura de la maternidad a su máxima potencia. Este leitmotiv guía su obra durante años, siendo maternidades alegres, llenas de júbilo y esperanza, aunque quedan latentes connotaciones de tiempos pasados de amargura, de horror. Crea un antagonismo, moviéndose en una delgada línea entre lo estético y lo antiestético, entre la vida y la muerte, donde su obra de arte embrionaria a la que ha dotado de vida la lleva hacia una renovación.

El artista que bebió de la naturaleza, que sufrió y disfrutó la vida, que vio los horrores, que oyó las risas y los juegos de las madres con sus hijos y que sintió con sus manos los materiales, deja un legado para disfrutar con los cinco sentidos en la tierra que lo vio nacer, ofreciendo generosamente siempre un atisbo de esperanza en el porvenir.



“Mi trabajo actual es como siempre, figurativo; es decir, abstracto. Parte forzosamente de una figuración. Se hace abstracción que se simplifica, que se sintetiza. Y por simplificar esa realidad entiendo concentrar la emoción con el fin de sentirla y comunicarla más directamente....”

Lobo



Femme se coiffant, 1944

LOBO 1910 - 1993

La infancia de Baltasar Lobo transcurrió en las estrecheces de un modestísimo medio rural de la meseta castellana, cuya austera gravedad influirá poderosamente en su sensibilidad. Hijo de un carpintero, se afirma en él una tempranísima y obstinada afición artística, hasta imponer su propósito de ser escultor. Empieza así una instrucción destinada a aprender los saberes del oficio: en 1922, el padre decide llevarle a Valladolid, donde vivirá una dura adolescencia, para trabajar como aprendiz con Ramón Núñez, un imaginero que realizaba pasos para procesiones y estatuas de santos. Lobo recordaría siempre con afecto el ambiente en ese taller medieval, cuyo «maestro, beatón y católico, imprimía su tónica en el ambiente; y nosotros, para vengarnos, rellenábamos las escayolas con folletos revolucionarios».

A los 17 años, con la ilusión de proseguir su vocación, decide ir a Madrid, para ingresar en la Academia de Bellas Artes (que pronto abandonará decepcionado), y sumergirse en el clima cultural de la capital, plétórica de vitalidad modernizadora. Se sucederán, así, entre 1927 y 1939, años decisivos en los que se temple su personalidad, acorde con cierto romanticismo bohemio propio de la juventud española de esas décadas, caracterizada por la hostilidad hacia la vida burguesa, el fraternal sentimiento con la humanidad desheredada y, sobre todo, por una defensa de la libertad moral y de la independencia del artista. En Lobo esos sentimientos se plasmarán en un firme compromiso

con el anarcosindicalismo, a medida que el enconamiento social se agrave —«vivíamos en una continua fiebre, corriendo de un lado para otro, firmando manifiestos, pendientes de los periódicos, haciendo dibujos para las revistas»—, si bien nunca llegó a militar dentro de la CNT.

Aunque las oportunidades para un artista joven de vida precaria, como la de Lobo, eran escasas, y apenas lograba acceder a una información restringida a ciertos entendidos, es ahora cuando descubre a Picasso y a la vanguardia internacional, visita exposiciones, se interesa por el cine soviético, viaja por España e, incluso, a París y se entusiasma con la escultura ibérica del Museo Arqueológico, el gran descubrimiento artístico de su juventud. En 1932, conoce a la que será su inseparable compañera, Mercedes Comaposada (1900-1993), una barcelonesa de ideas avanzadas, exponente femenino muy característico de la Segunda República.

Al poco de estallar la Guerra Civil, Baltasar y Mercedes van a Barcelona, donde vivirán casi toda la guerra, y se enrola como miliciano de la cultura, un servicio consistente en recorrer el frente instruyendo a los combatientes, enseñándoles a leer y escribir. De su actividad artística en esos años sólo conocemos su obra como ilustrador y dibujante, pues la escultura se perdió en el asedio a Madrid. Como ilustrador colaboró desde 1938 en revistas libertarias, como Campo Libre o Mujeres Libres. En esta obra gráfica Lobo se atiene al realismo social que impera en el arte



Enfant qui marche, 1958

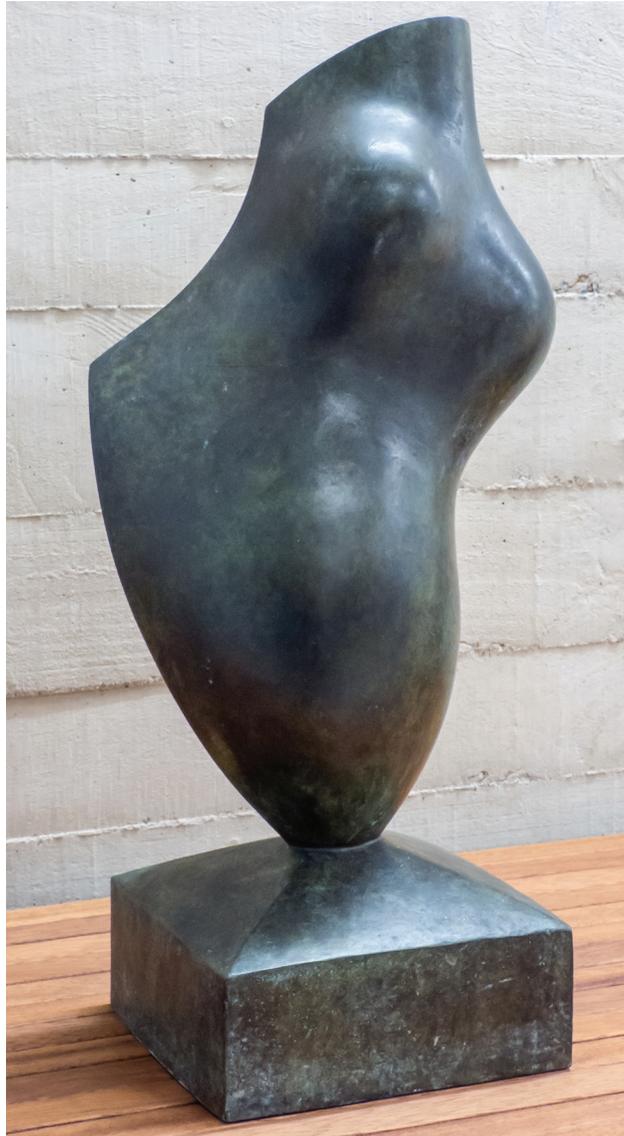
militante de los años 30 —proletarios, campesinas y mineros, dominados por una intensa mirada que trasluce la fe en un mejor futuro—, mezclado con un clasicismo templado, efecto del «retour à l'ordre». Sin embargo, para Lobo esa exigencia de documentar la verdad no se satisfacía del todo en el realismo, pues, como reconocía él mismo, «aquél era un realismo que no se podía enseñar». De ahí la lección aprendida en el Guernica de Picasso, que le impresionó hondamente, y su acercamiento a las libertades plásticas de la vanguardia, en un momento en que la proximidad cronológica entre el realismo social y la revolución artística le ofrecían la posibilidad de ejercitarse en ambas direcciones. Por lo demás, el balance de esos años de guerra y derrota social es trágicamente imborrable, dejando en su carácter, como en toda su generación, una herida amarga, y determinando una posición moral insobornable, que en el terreno artístico se traducía en el afianzamiento de una idea del arte comprometida con la vida.

*

La gran cesura biográfica se va a producir en febrero de 1939, cuando, a los 29 años, Lobo emprende el camino del exilio y abandona España para no regresar más que ocasional y tardíamente. Tras lograr evadirse del campo de concentración de Argelès-sur-Mer, en el que estaba recluido, y reencontrarse con Mercedes, llega en abril a un París hostil y helador, sin papeles y sin un céntimo, solo y desorientado. Fascinado por el ambiente artístico, abandona el proyecto de partir hacia México y, aunque al cabo de pocos meses se produce la caída de París en manos del ejército nazi, decide quedarse, sumergiéndose con pasión en el universo de Montparnasse,

visitando exposiciones y museos y entablando las primeras amistades. Venciendo su timidez se dirige a Picasso, al que le enseña una carpeta de dibujos que había conservado Mercedes, quien, además de ayudarle a encontrar piso, facilitarle documentación oficial y hasta comprarle una estufa, le introduce en su círculo de artistas y poetas. Conoce también al escultor cubista Henri Laurens, que, comprendiendo la singular calidad del talento artístico del joven español, le ofrece su propio taller para trabajar —donde conocerá a Braque y Giacometti—, le enseña muchos secretos del oficio y se convierte en la sombra tutelar de la difícil vida profesional que Lobo inicia en el otoño de 1939.

Durante los oscuros años de la Ocupación, se gesta lo esencial de su universo plástico y se irá ganando una pequeña y clandestina reputación en los círculos parisinos, a medida que va dando cuerpo a una obra personal muy fecunda —una treintena de bronce y terracotas, como Mujer con cabeza de muerto, Ídolo, La ciclista—, que rompe abiertamente con lo que sabemos de su trayectoria española y llama la atención por su sabiduría técnica y por la gracia de su rudeza, a las que se añadía un aire de primitivismo muy moderno. No cabe duda del influjo recibido en estos inicios por la llamada escuela de París —desde la presencia de Picasso o el estímulo de Laurens hasta la forma plástica de Brancusi, pasando por el organicismo de Arp, los arabescos de Matisse o el sentido de la plenitud anatómica de Maillol—, pero no es menos cierto que este ambiente produjo en él una especie de «autodescubrimiento», como si, al contacto con un arte más libre, hubiese emergido un mundo íntimamente suyo y a la vez fuertemente



Courseulles Sur Sode, 1964

imaginario, el de la infancia y las raíces, aunque ajeno a toda tentación folklórica o costumbrista.

El fin de la guerra en 1944 supone el punto de partida de su maduración como escultor. Enseguida se dio a conocer en las primeras exposiciones de la posguerra inmediata, con las que un eufórico París celebraba su liberación. La más importante de todas fue *Maîtres de l'art contemporain* (1945), en la que compartía la prestigiosa galería Vendôme con Bonnard, Modigliani, Matisse, Braque, Léger, Picasso y Laurens. Participó igualmente en diversos proyectos artísticos de la República derrotada, como el monumento dedicado a los españoles muertos en la Resistencia (1948), en Annecy. Pues Lobo, por su condición de desterrado, a la vez que se veía excluido de la vida pública española hasta convertirse en un perfecto ignorado por sus compatriotas —si bien nunca renunció a su nacionalidad española—, se integró de pleno en este renaciente patrimonio cultural común europeo surgido del esfuerzo pacificador de la posguerra, como lo atestiguan sus exposiciones en el extranjero (en Suecia, Noruega, Bélgica, Alemania, Japón, Suiza o Venezuela, donde su obra alcanzaría una implantación particular). Desde los años cincuenta, su presencia en la vida artística de París se hace constante.

Desde esa época sus datos personales pierden relevancia y su vida exterior se desenvuelve con parsimonia, sin rupturas llamativas ni cambios insospechados, llevando una existencia modesta y silenciosa dedicada al trabajo: vivió siempre en la misma casa, permaneció siempre junto a su mujer, y se resistió a siempre a abandonar París, en cuyo cementerio de Montparnasse está

su tumba, junto a la de Tristan Tzara. También conservó siempre la fidelidad a sus hermanas y a los mismos amigos, la familia de Laurens, los camaradas de las Brigadas Internacionales, el grupo de artistas exiliados (Viñes, Clavé, Fenosa) o algunos españoles como Benjamín Palencia o Díaz Caneja. Las relaciones con la patria se reanudaron tardíamente, y sólo en 1960 el Museo Español de Arte Contemporáneo le dedicó una exposición. Poco a poco, a medida que el franquismo fue perdiendo virulencia, Lobo restableció sus lazos españoles, que se normalizaron con la llegada de la democracia, que reconoció públicamente su valía otorgándole en 1984 el Premio Nacional de Artes Plásticas. En los últimos de su vida, Lobo legó a la ciudad de Zamora una colección de mármoles y bronce, a la que se sumó, tras su muerte, la herencia familiar.

*

La contribución de Lobo a la historia de la escultura se inscribe en la estela de la innovación introducida por los escultores de las vanguardias históricas. Como ellos, rehabilita una técnica milenaria, la talla directa —consistente en ir extrayendo materia del bloque de mármol golpeando con martillos y cinceles—, altamente valorada por su autenticidad primitiva y su componente artesanal, y que él adoptará con entusiasmo, consiguiendo unas superficies impecablemente lisas, plenas y densas, que logra extraer de los mármoles negros de Bélgica, los blancos de Carrara o los rojos de Novelda a los que dota de una delicadeza incórporea. Paralelamente, realizó numerosas obras en bronce, realizadas principalmente en la fundición Susse, de París, un prestigioso y antiquísimo taller, que conserva la mejor tradición metalúrgica



Danseuse, C.1970

europea del bronce, y que era también la de los grandes escultores del siglo, desde Rodin a Moore o Giacometti. Lobo vigilaba celosamente el complicado proceso, retocando el modelo en cera y controlando el proceso de fundición —preferentemente a la arena, aunque también recurrió a la cera perdida —, y poniendo un cuidado exquisito en las pátinas.

La obra creada por Lobo, desarrollada a lo largo de casi cincuenta años, sin apenas giros de estilo ni cambios importantes, limitada a un repertorio muy restringido de temas, representa en la historia del arte un punto de vista muy singular, que combina la ruptura con las soluciones del pasado —y el rechazo a toda fidelidad anatómica y al canon clásico— con un organicismo muy moderno, empeñado en la representación de la vida a través de sus signos elementales. Este proceso de búsqueda se inicia en La Ciotat, un pueblecito marino junto a Marsella, donde acude en 1946 en busca de descanso y salud. Allí explora el tema de la Maternidad —la madre enredada y confundida con su criatura—, un tema propio de la sed de sentimiento y humanidad de la posguerra, que tratará en exclusiva hasta 1957, si bien nunca lo abandonará del todo. Entre 1956 y 1966, su trabajo se orienta en una nueva dirección, más radical, depurada y abstracta, para representar —mediante volúmenes sólidos y graves, geometrías simples y superficies impecablemente lisas—, la vida elemental y embrionaria (Cabeza de gitana, El despertar, Pájaro herido), y donde se deja sentir la confluencia con la mejor escultura europea del momento, desde Hepworth hasta Arp, seguidores todos ellos del mito brancusiano de la forma pura.

Pero con independencia de estas primeras etapas, la expresión más personal y constante de su universo artístico lo constituyen sus torsos y desnudos femeninos, fuente inagotable de exploración puramente plástica, que indagó en todos sus gestos y registros, en todos los materiales y posturas, en particular entre 1965 y 1980, años muy fecundos, en los que crea ciclos espléndidos por su delicada esencialidad y su audacia formal —la Mujer peinándose, la Bañista, el Torso—. Este tema se combina con su predilección por el mundo de los mitos clásicos, y en particular por los monstruos y los híbridos animales —Centauresa, Leda, el Minotauro—, reavivada tras sus viajes a Grecia en 1977 y, en todo caso, producto de una comprensión del cuerpo donde la naturaleza recupera su vitalidad animal perdida.

En las décadas finales, se acentúa en su obra una disociación temática que subyacía desde los comienzos, el vuelo y el sueño, y que se plasma en nuevas series, dedicadas, o bien al motivo de la elevación y el impulso ascendente, como en el ciclo de Cara al viento, emprendido en 1977, o bien trata el tema de la quietud y el ensimismamiento, el mundo estático de las durmientes, como en las bañistas de En la arena, explorado en los últimos años de su vida.

María Bolaños

Directora del Museo Nacional de Escultura



Stella, 1972

BALTASAR LOBO, ESCULTOR DE SOMBRAS

Por un ajeno regalo del azar, tengo bajo mi ventana, día y noche en Zamora, una de las más bellas esculturas de Baltasar Lobo, esa “Maternidad” feliz y juguetona que celebra el primer gesto infantil de libertad. Me asomo allí al balcón cada mañana con la esperanza de que el niño haya emprendido el vuelo desde los brazos de la madre, por encima del palacio de los Momos y alcanzado al fin, en corta migración, los barbechos y trigales de Cerecinos, en busca de padre.

Tuve en París la primera noticia acerca de la proximidad del artista por sorpresa, un día lluvioso de primavera, quizás la de 1988, cuando se me presentó otra “Maternidad” de las que él hizo saga, la escultura urbanísima que el ayuntamiento del Distrito VIII de la capital había instalado un año antes en la convergencia de la calle Berryer y la de Faubourg St. Honoré. En la cercana Galerie Lelong, rue de Téhéran, me dieron enseguida información precisa para llegar hasta él. De nada me había servido hasta entonces mi pasaporte de zamorano para alcanzar el recinto privado del artista de Cerecinos, ni siquiera el mérito de haber nacido yo en otro pueblo cercano al suyo, tierra del vino al otro lado del Duero. Su anarquismo mesetario, llevado con un rigor y soledad extremos, lo mantuvo alejado de parroquias españolas con sello intelectual o diplomático, encerrado en aquel París barrial y libertino que respiró su vida y amamantó su obra durante largos años de una soledad casi sagrada. Sagrado para él era el oficio de escultor, según me dijo.

Conocí a Baltasar Lobo en su taller de París, desvencijado paraje en apariencia, regido por la regla suprema del desconcierto, reflejos en blanco de tahona vieja (polvo de mármol) y fulgores metálicos como de fragua antigua. Allí se encontraba el artista en su justo molde, en medio de proyectos enyesados y pieles bruñidas de mujer en bronce. Al extremo más remoto de aquel edificio antiguo (Rue de Vaugirard, número 212) se llegaba por un recoveco de pasillos y patios sucesivos en penumbra, tan adecuados a ese parisino “Quinzième”, barrio de artistas. Treinta años llevaba allí recluido el anarquista Lobo, según decía, entregado a la sagrada soledad del arte. A veces, me contó en un arranque de simpatía forzada, rompiendo con unas pocas palabras sus silencios mayores, se asomaba a la calle y compraba el pan y las frutas en las dos tiendas que enmarcaban el portón de entrada a su inmueble de renta antigua.

El estudio de dimensión irregular, más alto que ancho, se abría al cielo por dos o tres pequeñas ventanas que más parecían miradores de atalaya. En un altillo improvisado, el escultor almacenaba como por descuido algunas piezas de creación aplazada, quizás arrepentimientos, o simplemente modelos iniciales o experimentos fallidos. Recuerdo sus manos de labrador de trigos, sus orejas estiradas quizás por sabañones infantiles y su cara arrugada de campesino, surcos en la piel viva y tersa que abre el sol, no la edad.



Figure se levant, 1973

Aquella luz focal derramada sobre el taller desde tan alta ventana como de claraboya, marcaba en las paredes y el suelo un vórtice de sombras. El escultor, navegando en silencios generosos, me habló ese día de su voluntad de consignar su herencia artística material a quienes habrían de mostrarla en su tierra de Zamora; pero de los detalles del negocio no quiso hablar con el periodista. No parecía disgustarle, sin embargo, al maestro de una mística laica cocida desde el agnosticismo que aquellos vientres de mujer repletos de erotismo urgente llenaran quizás algún espacio consagrado, como el de una iglesia románica, según le proponían.

Siempre que regreso a París, transportado el ánimo en ese vuelo largo de la obra de Lobo, desde la expiación y la labor cansada hasta la veneración del cuerpo idolatrado, hago un alto ineludible ante una de sus esculturas que mejor culminan ese tránsito, situada además en el lugar y en el momento justos: la "Mujer desnuda" que, por cesión del Museo Reina Sofía, se exhibe en el jardín del Colegio Español de la Ciudad Universitaria. Allí me acerco cuando cae la tarde y brillan el torso y el vientre femeninos en un arbol de felicidad al fin hallada. Así dicta su lección de humanidad el anarquista de sombras luminosas.

Agustín Remesal

Periodista





Centauro Mourant, 1978

UN GRAN EMBAJADOR

La obra del escultor no se hizo para estar guardada; la ejecutó para expresar sentimientos interiores, suscitar emociones. Baltasar Lobo lo logra en cada trabajo y esta exposición es una buena muestra de la evolución de la vida de un adelantado a su tiempo, de un cultivador de la libertad, que aportó espíritu nuevo y fresco a una etapa muy limitada, casi oscura, del arte en España.

El zamorano Baltasar Lobo fue uno de los primeros premios Castilla y León, de las Artes en 1985, y desde entonces la Comunidad Autónoma tenía una deuda pendiente con el autor y su obra. Han tenido que pasar 30 años para llegar a esta muestra que sólo debe ser un punto de partida para lograr alcanzar la meta de la obra de arte: conseguir ser difusora y embajadora de arte y de cultura. Me atrevería a pedir desde estas líneas a las Cortes de Castilla y León, el órgano de la representación popular de castellanos y leoneses, que colaboren activamente en poner en valor la obra de Lobo, una parte de cuyo legado, tal vez la más importante, está custodiada en Zamora y debería ser un activo de los intercambios culturales posibles. Por la naturaleza del escultor, su prestigio y su grado de reconocimiento internacional, la obra de Lobo es reconocida mundialmente y, como pasa en tantas ocasiones, no es tan conocida en su propia tierra. Por eso esta exposición tiene que ser un punto de partida para otras que, con carácter itinerante recorran nuestra comunidad y que todos los castellanos y leoneses la conozcan. Es más, Lobo es un

patrimonio de todos y no tengo ninguna duda en que sería un magnífico embajador cultural de nuestra tierra en el resto de España.

Zamora tiene la inmensa fortuna, gracias a la generosidad del propio Lobo, de albergar sus grandes obras de exterior, magníficamente ubicadas en el Castillo, el Parque León Felipe o frente al Palacio de Los Momos. Cuenta además con casi otras 500 obras que custodia el Museo de Bellas Artes. Creo que ha llegado la hora de dar un paso más y trabajar decididamente porque Lobo tenga en Zamora su centro cultural y espacio expositivo permanente, que podría ubicarse en cualquiera de los nobles edificios disponibles en el centro de la ciudad. No sólo se trata de exponer la obra, sino de hacerla ese activo cultural para intercambios temporales con obras de otros grandes. En definitiva, lograr que la obra de uno de los mejores de los nuestros sea más conocida, más divulgada y permita traer hasta nosotros otras obras de arte que amplíen nuestro horizonte cultural. La crítica es unánime al considerar a Lobo uno de los mejores escultores del siglo XX y desde luego el mejor de nuestra comunidad. Tenemos que sentirnos muy orgullosos de poder proclamarlo y con esta exposición Castilla y León le hace un acto de justicia.

Luis Jaramillo

Periodista

BALTASAR LOBO

Imagino a Baltasar Lobo puliendo una de sus felices piezas —hallado ya el pliegue formal que en el Cosmos lleva su nombre, ese que convierte el mármol en piel marital, el alabastro en amante descuidada—, con la memoria de sus manos intacta. Un milagro incomprensible, si se sigue el rastro de unos dedos que, de Cerecinos a París, han amasado quintales de barro y extraído cientos de astillas de sus yemas mucho antes de encontrar la verdad en la piedra. Acaso alguien creyó que aquellas manos nacieron para envanecer cómodas con la talla de una voluta delicada, o, a lo sumo, para mantener la imaginaria local en los límites de una compunción previsible. Sin embargo, las manos de Baltasar Lobo abandonaron un destino apropiado y completaron su viaje a pesar de las circunstancias, como si supieran de antemano que solo allí, en el París más universal, encontrarían la tarea que la vida les tenía encomendada.

Pero cómo atribuir a sus manos la voluntad de un viaje tan atribulado cuando, gracias a su Zamora natal, pasaron por Valladolid para aprender el oficio y por Madrid para aprender a mirar antes, incluso, de que el país se partiera en dos y precipitara hacia el abismo a toda su generación. De la alegría y la convicción libertaria y anarquista que compartió con Mercedes Guillén, con Amparo Poch, con Lucía Sánchez mientras ilustraba el proyecto editorial de 'Mujeres Libres'; del entusiasmo compartido con miles de jóvenes que vivían apasionadamente su misión de difundir aquellos transparentes deseos de

justicia y de igualdad, hubo de transigir al horror nauseabundo de la muerte, la pérdida y el exilio.

Cuesta agradecer a tanta infamia la providencia que, finalmente, le proporcionó la generosidad, la complicidad, el aplomo y la luz irradiada por la admirable comunidad internacional de artistas e intelectuales repartida por París; un micelio colosal capaz de sortear la ocupación alemana y proteger a sus miembros. Aquella vanguardia parisina, dispuesta a intercambiar ideas y alimentos, libros y ropa usada con igual naturalidad, adopta a Baltasar Lobo, lo consuela, lo emplea y lo estimula hasta que sus manos consiguen ordenar todos los elementos de su poética. No es de extrañar que la poderosa influencia de Pablo Picasso y la particular fascinación de Baltasar Lobo por el primitivismo atávico maridasen finalmente con un profundo sentido de la honestidad rural, hallada en su cuna y en la bendición del trabajo campesino, para engendrar finalmente sus sublimes maternidades, contenedores de toda la felicidad que pueda hallarse esparcida por el mundo.

De la tierra, a la madre tierra; de la madre tierra, a la madre, Baltasar Lobo sintetiza la presencia santa de la vida y la expande cuando consigue materializar a la humanidad gracias a la contemplación. Sus manos han sido capaces de transmitir ternura a la piedra, de aflorar las caricias ocultas en un conglomerado metamórfico, de aplicar a la parcialidad de sus torsos el inmenso y hogareño significado de quietud que anida en la

piel del hombre. Y todo ello después de hacerle frente al horror de la guerra y digerir el desarraigo; después de reinventar un destino incierto que jamás hubiera imaginado un periplo tan difícil y magnífico, tan imposible y beneficioso. Quizás, por eso, la memoria intacta de las manos de Baltasar Lobo es uno de nuestros más preciosos recuerdos.

Rafael Vega
Editor



Brise, 1978



Torse Centauresse, 1979

BALTASAR LOBO

Nacido en la provincia de Zamora, Baltasar Lobo (1910 – 1993) se desplazó, siendo casi un niño, desde su Cerecinos natal hasta Valladolid con el propósito de formarse como escultor en el taller de Ramón Núñez y asistir a los cursos de modelado del Museo de Bellas Artes. Posteriormente una beca de la Academia de Bellas Artes de San Fernando le llevaría a Madrid. Arranca así una carrera profesional que a partir de 1939 transcurrirá íntegramente fuera de España al haber abrazado Lobo la causa republicana. El exilio parisino brindará sin embargo al escultor la oportunidad de conocer de primera mano el arte de vanguardia e integrarse en el circuito internacional. Cabe lamentar, no obstante, que como consecuencia de lo anterior, han sido muy pocas las oportunidades que los castellanos y leoneses hemos tenido de conocer y disfrutar la obra de este artista. Sólo en las últimas décadas la apertura de espacios monográficos ligados a importantes legados familiares han permitido que Baltasar Lobo, como Esteban Vicente, Díaz-Caneja o Mateo Hernández, recuperasen presencia en el tejido cultural de la Comunidad Autónoma, con anclajes concretos en sus lugares de origen.

Por otra parte, y desde hace ya trece años, tenemos en Valladolid la posibilidad de disfrutar de una obra de Baltasar Lobo en el Museo Patio Herreriano de Arte Contemporáneo Español. La última vez entre julio de 2013 y febrero de

2014 en un montaje reciente de la Colección del que salió precisamente para formar parte de la exposición “XXX años de los Premios Castilla y León”. Se trata de una magnífica escultura en mármol de Portugal, *Centauro y mujer*, firmada y fechada en la parte inferior “LOBO 70”. La serie de los *Centauros* entronca con las series precedentes de *Bañistas* y *Maternidades* que manifiestan muy a las claras la presencia de la escultura arcaica en la forma de abordar por Lobo la representación de la naturaleza, real o imaginada. La pieza, aún siendo figurativa, apunta hacia una suerte de abstracción a partir de su reducción a formas esenciales encerradas en un volumen de perfiles curvilíneos y maciza presencia. Tras las *maternidades*, *torsos* y *cariátides*, los *centauros* vienen a materializar su tradicional atracción por los seres fabulosos de la mitología clásica. Un ser, el centauro, capaz de representar el conflicto entre la pulsión animal y la conciencia inteligente presente en el ser humano. En nuestro caso el centauro aparece fundido con una figura de mujer componiendo un carnoso amasijo que viene a cerrar el círculo que, desde el erotismo a la fecundidad, describe el ciclo vital que vertebra la obra de Lobo. La presencia de este escultor en la Colección Arte Contemporáneo (en depósito en el Patio Herreriano) viene a sancionar la idea de que Lobo es imprescindible a la hora de escribir la historia de la escultura contemporánea española, con independencia de dónde



Tête de Tanreau Sur Sode moyen, 1981

se haya ejecutado ésta materialmente. Baltasar Lobo. *Un español de París* tituló muy gráficamente Víctor Zarza su texto para el catálogo de la exposición que en 2006 le dedicó la galería Leandro Navarro, poniendo de manifiesto la dualidad referida. Los escultores españoles acudían a París en pos de la vanguardia europea llevando consigo el bagaje de la escultura primitiva ibérica y la imaginería religiosa del barroco. La ciudad del Sena venía cumpliendo un papel iniciático para los artistas españoles desde principios de siglo y lo siguió teniendo para los exiliados de la posguerra española. Una ciudad en la que Lobo encontraría la protección y apoyo de Henri Laurens, figura capital de la escultura de entreguerras, que le facilitó el acceso a la escena artística local.

Sin salirse de la Colección Arte Contemporáneo es posible, por ejemplo, poner en relación la citada pieza de Lobo con esculturas de Manolo Hugué, Honorio G. Condoy, Apel.es Fenosa o Eudald Serra, vinculados a la *Escuela de París* de los años veinte. Propósito similar, pero en este caso para el ámbito regional, tiene el establecimiento de una colección de arte contemporáneo en la sede de las Cortes de Castilla y León: garantizar que en el futuro los artistas más destacados de la Comunidad están presentes en un corpus en el que, por encima de las diferencias de técnica, estilo o propósito artísticos, más allá de su vinculación generacional y con independencia de su proyección, sea rastreable la pervivencia de un sustrato cultural común castellano y leonés.

Cristina Fontaneda

*Directora Patio Herreriano.
Museo de Arte Contemporáneo Español.*





Le Sanglier, 1982

BALTASAR LOBO. APRENDE A SER ESCULTOR

Si de algo me han servido mis años de profesor es saber que la formación de un escultor, de cualquier creador, está sujeta tanto a las vivencias personales como a las enseñanzas artísticas que recibas. Aun más, y esto es grave que lo diga un profesor de arte, muchas veces unas enseñanzas artísticas encorsetadas a un programa académico, restringen tanto al alumno a la hora de crear una obra, como lo limita el desconocimiento del proceso creativo que se puede aprender en un centro artístico. Siempre, una vida rica en vivencias y acontecimientos artísticos modela mejor el alma de un creador, que unas ceñidas enseñanzas artísticas. Y buen ejemplo de esto es Baltasar Lobo.

En 1927, Baltasar Lobo estaba llamado, a continuar la escuela de imaginería de Zamora, que había nacido hacía setenta años de la mano de Ramón Álvarez. Era uno de los alumnos principales de don Ramón Núñez, que había trabajado en su taller de Valladolid desde los trece años, en todos los encargos procesionales que el imaginero había realizado para Palencia y Zamora. Ese mismo año en el taller en Ramón Núñez en Valladolid, habían terminado, el grupo de «El retorno de Sepulcro», que se había realizado para la junta de fomento de la Semana Santa de la ciudad de Zamora. Pero en ese verano de 1927, Baltasar Lobo decidió dejar el estudio de Valladolid, y viajar a Madrid a continuar su formación como escultor en la Escuela de Bellas Artes.

Allí, en Madrid, Lobo se hizo escultor tras descubrir el proceso creativo de una obra de arte. En sus años de aprendizaje en Valladolid, las obras no nacían de un proceso creativo sino de unas pautas impuestas que el escultor seguía y a las que estaba prohibido desafiar. Todo lo que se saliese de esas normas no era válido, no era arte. El encorsetamiento que sufría el arte del siglo XIX, perduraba aún en pequeños rincones provincianos, envuelto en un aura incorruptible que se denominaba «Academia». Y si había un área escultórica retorcidamente encajonada en parámetros estrictos, esa era la imaginería religiosa, donde se había desarrollado su aprendizaje artístico hasta entonces.

Lobo recibió en Madrid la bocanada de aire fresco que necesitaba su enseñanza. Tuvo que sufrir la convulsión que suponía acercarse al arte del siglo XX, en un proceso antagónico a lo que había sido su trabajo hasta entonces. Descubrió la libertad de crear. Por eso no es de extrañar que abandonara la Escuela de Bellas Artes y se fuese a trabajar en el oficio de escultor.

Imaginar cómo se produjo un cambio tan brutal me resulta apasionante, pues en él trae implícitas todas las enseñanzas artísticas que un joven escultor necesita desarrollar. Saber qué libros leyó, qué acontecimientos pesaron en su ánimo, qué salas de exposiciones recorrió, qué obra le impactó. Saber todo eso, sería descubrir la piedra angular sobre la que asentar todas las enseñanzas artísticas.



Baltasar Lobo nació para el arte en la ciudad de Madrid a finales de los años veinte del pasado siglo. Posiblemente oyendo el titileo de su herramienta incidiendo sobre la piedra en el caballete de algún taller artesano. O en las salas del Museo Arqueológico Nacional, contemplando la fuerza expresiva de un pequeño ídolo ibérico.

Es indudable que Lobo tuvo la inmensa suerte de encontrarse en el sitio adecuado en el momento oportuno y que fue uno de los pocos privilegiados escultores que consiguieron vivir de su arte, sino que vivió su creatividad como ningún otro escultor de los nacidos en Zamora, ha podido hacerlo.

La vida no le deparó un camino fácil, pero sí un largo trecho donde nunca dejó de aprender. Poco a poco, día a día, pudo ir desbastando su alma de escultor, entre las dificultades de llegar solo y desnudo a París y el gozo de encontrar su mundo creativo escondido tras la obra de Henry Laurens.

Baltasar Lobo trabajó y creó. Vivió su sueño de ser escultor. Nunca murió. Los grandes creadores nunca mueren. Su obra les pervive y en ella sobrevive no solo el espíritu de quien la creó, sino toda la enseñanza de su proceso creativo. Proceso que tiene la obligación de transmitir a los demás. Quien guarda esa obra o es depositario de ella, tiene la obligación moral de hacerla viva, de difundirla. En la obra de Lobo está guardado el poso artístico de futuras generaciones.

Ricardo Flecha
Escultor



